

# El arte detrás del arte



## PROTAGONISTAS

Por **Amalia Ramírez Rodríguez**  
Foto: **Ramón Barreras Valdés**

Cuando contacté a Claudia para esta entrevista, su primera reacción fue dudar: «¿Estás segura? No soy artista», me dijo. Pero la conclusión a la que llegamos después de algunas preguntas es que también hay arte en ayudar a otros a hacer arte.

Claudia Tena Figueroa no proviene de una familia de artistas; sin embargo, tanto ella como su hermana hicieron de la cultura su estilo de vida. «Nuestros padres no están muy relacionados con este mundo, ellos trabajan en otras ramas; pero siempre tuvieron sensibilidad para notar en mi hermana y en mí inclinación por las artes y nos ayudaron a desarrollarla».

Cleidys, su hermana, se inclinó hacia la música desde pequeña, y Claudia, según comentó, disfrutaba de la actuación, el baile y el canto, pues estaba vinculada al proyecto de La Colmenita. «Cuando crecí un poco, esto que hacía de pequeña empezó a darme miedo escénico y entonces comencé a interesarme más por la literatura. Mi mamá cuenta con orgullo que ella fue la que descubrió mi gusto por la literatura. Un día, revisando mis papeles, encontró un cuaderno donde escribía historias que no mostraba a nadie, porque sentía pena, y a raíz de esto comencé en un taller literario en la Casa de Cultura, donde tuve la oportunidad de intercambiar con escritores como Mina Bello, mi instructora; Yamil Díaz y Mildre Hernández.

«De esta forma transcurrió mi niñez y mi adolescencia, rodeada de música, libros y arte. Ya en el preuniversitario decidí

estudiar una carrera que, aparentemente, no tenía relación con la cultura: Psicopedagogía. Sin embargo, y a pesar de que no ejercí durante mucho tiempo luego de graduarme, no me arrepiento de haberla elegido. Es una profesión que amo, y considero que también hay que ser un poco artista para ser psicopedagogo.

«Poco después de graduada, el mundo de la cultura me volvió a atrapar». Claudia empezó a trabajar en la sede provincial de la Uneac (Unión de Escritores y Artistas de Cuba), como especialista de las filiales de música y literatura. «Gracias a ello pude relacionarme con muchos artistas que admiro de nuestra provincia, lo que tam-

cámara en Villa Clara. Este camino me abrió las puertas a un mundo lleno de experiencias y personas increíbles, y también me ha brindado la posibilidad de formar parte de los grupos organizadores de eventos y festivales como el Caturra, el Longina y el Jazz Plaza».

Actualmente, Claudia Tena se desempeña como directora del Museo de Artes Decorativas de Santa Clara. «Aceptar este trabajo fue un acto de valentía muy grande, pues me aventuré a hacer algo que nunca había hecho: dirigir un colectivo, una institución. Al principio pensé que no podría cumplir con el reto, teniendo en cuenta que en ese momento mi segunda bebé apenas

tenía cuatro meses de nacida. Pero me aventuré, pues me encanta tener nuevas experiencias, sobre todo aquellas que fomentan mi superación personal.

«Para mí es un orgullo dirigir hoy el museo y formar parte del grupo de personas que lo han posicionado en el lugar que se merece dentro de la vida cultural santacolareña: fuera del anonimato, como un centro cultural donde convergen todas las manifestaciones artísticas. Mi objetivo es que el público comprenda que los museos son lugares vivos».

bién me dio la oportunidad de ser guionista del programa radial *Pañoleta azul*. Crecí escuchándolo, y tener la posibilidad de escribirlo fue alucinante para mí. Estuve escribiendo *Pañoleta...* durante ocho años e, incluso, cuando ya llevaba tiempo haciéndolo, aún no podía creerlo. Realmente, una experiencia inolvidable.

«Como desde niña tuve un fuerte vínculo con la música, también me atrapó el arte de representar agrupaciones musicales. Nelly Cañizares, directora del coro femenino Musas, de nuestra provincia, me contactó para que las representara. Aunque en aquel momento no tenía idea de cómo se hacía, luego resultó un trabajo que me encantó y he continuado haciendo con Ensemble Raptus, emblemática agrupación de música de

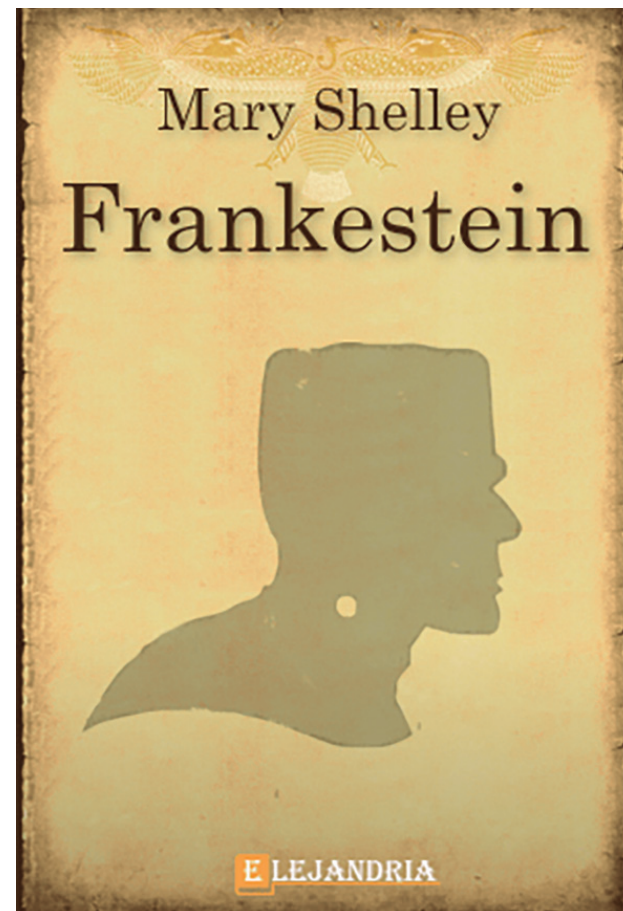
Cuando le pregunté si le gustaría retomar la literatura en algún momento, su respuesta fue contundente: «La literatura nunca se ha ido de mi vida; cuando me siento abrumada, mi primer impulso es tomar un papel y escribir mis reflexiones, expresar todo aquello que me gustaría que me dijeran o que me digo a mí misma para saber que no estoy haciendo las cosas mal, para darme aliento. Textos que, como psicopedagoga, creo que tienen valor para la ayuda o la autoayuda. De hecho, es un proyecto que me gustaría desarrollar para que, en un futuro, llegue a manos de otros.

«No me considero escritora, sino alguien que escribe porque necesita fluir. Tampoco me creo artista, soy una amante del arte y una persona que acompaña al artista, y ese acompañamiento me hace muy feliz».



## Detrás del librero

# Los monstruos no nacen



Por **Sofía Díaz Milian**  
Foto: **Tomada de Internet**

Si tuvieras la oportunidad de crear la vida, ¿te atreverías? ¿Parece demasiado ambicioso jugar a ser Dios o, por la ciencia, vale la pena ese acto de sacrilegio?

El joven Víctor Frankenstein tiene la curiosidad, el conocimiento y la arrogancia suficiente para insuflar alma a la materia inerte. En su frenesí, las consecuencias de sus actos no hacen eco en su cabeza, y la responsabilidad que conlleva el título de «creador» no parece importar. Sin embargo, cuando el resultado de su esfuerzo abre los ojos, el horror, el pánico y la desesperación lo invaden de tal manera que escapa de su laboratorio renegando así de su creación.

Esta es la premisa con la que Mary Shelley nos presenta *Frankenstein* o *El moderno Prometeo*, una novela que puede ser considerada tanto de ciencia ficción como de terror gótico, y que, a pesar de lo que todo el mundo cree, va más allá de la venganza desmedida de un monstruo contra su creador.

La historia transcurre durante el siglo XIX, donde la ciencia y la medicina han impulsado en el mundo el desarrollo de un sentimiento de poder imparible que hace que se desdibuje, en su totalidad, la fina línea que divide

la ética de los actos temerarios hechos en nombre del progreso, el bien y el mal, lo justo y lo injusto.

Mary Shelley supo usar con sabiduría los narradores de esta historia de forma tal que todos, incluso la creación sin nombre de nuestro científico, tengan voz a través de una prosa cuidada donde, más allá de las descripciones sórdidas del trabajo de Víctor, se privilegia la profundidad de los sentimientos de los personajes.

Así es como la voz de la criatura de Frankenstein cobra tanta importancia, pues a partir de su inocencia e inexperiencia es que conoce un mundo donde el amor constituye el motor que lo hace girar. Sin embargo, a él, un «monstruo» demasiado aterrador para ser persona, pero demasiado humano para ser algo más, este amor le es negado, y entra en un bucle de soledad, infelicidad y exclusión en el cual la venganza se convierte en su motivo para existir, porque, incluso su propio padre, lo rechaza.

Esta novela, queridísimos lectores, no debe leerse desde un pedestal de moralidad inamovible. Si es así, no serán capaces de entender su final, porque solo con una mente abierta comprenderán que los monstruos que aterrorizan al hombre no nacen, sino que son creados por el propio ser humano.